

# Aguas aéreas

## Diez versos de fray Luis de León

David Huerta

El “resplandor egeo” de la oda XI de fray Luis de León, dedicada a su amigo el licenciado y poeta latino Juan de Grial (primeras palabras del poema: “Recoge ya en el seno”), constituye una metáfora de dos, tres, cuatro o más planos de sentido, según se escoja el ángulo de la exégesis. Los versos donde aparece esa luz del cielo dicen así, un par de nobles heptasílabos:

Ya Febo inclina el paso  
al resplandor egeo...

Una de las posibles lecturas resulta, al mismo tiempo, equivocada y bella: la atracción geográfica de la palabra “egeo” nos lleva a las aguas europeas de un mar legendario y, a la vez, perfectamente real, mar griego, mar deslumbrante, enorme brillo acuático: *resplandor egeo*. Pero la cosa no va por ahí, pues no se trata, en estos versos de fray Luis, de las aguas marinas poseídas y como bañadas por un luciente “resplandor”, sino de una metáfora astronómica y específicamente estacional.

Estos renglones constituyen una visita a esos versos, y a otros más del genio agustino, uno de los hombres más admirables del siglo XVI español; mejor aún: uno de los hombres más admirables de cualquier época y lugar.

Los anotadores, explicadores o comentaristas de esta imagen no están de acuerdo en los dos puntos principales, el estacional o el astronómico, para entenderla con precisión: unos se inclinan por ver en esa metáfora una imagen del otoño; otros, una pintura del invierno.

En el “resplandor egeo”, unos ven a la estrella Capela, la más brillante de la constelación del Auriga; otros ven la constelación de Capricornio. A algunos de esos anotado-

res he consultado para escribir estas líneas; son ellos, enlistados en orden alfabético: Emilio Alarcos, Antonio Alatorre, Germán Bleiberg (quien trabaja en colaboración con Darío Fernández Morera), Cristóbal Cuevas, el padre Ángel Custodio Vega, O.S.A. No pude consultar la edición frayluisina de Llobera, pero algún día lo haré con todo pormenor; a Miguel Ángel Rocha, no obstante, debo noticia suficiente sobre lo dicho por Llobera en relación con estos temas.

\*\*\*

Hace falta asomarse a ciertas nociones de astronomía para comprender esa imagen y luego, si podemos arbitrar con buenas razones, decidir quién o quiénes tienen razón ante la metáfora frayluisina. Apenas puedo imaginarme un proyecto de estudio más interesante y más lleno de promesas y de recompensas: las relaciones de la poesía con la ciencia astronómica, con el “caso” ilustrativo de un poema, de raigambre horaciana, como tantos suyos, de fray Luis de León.

\*\*\*

El sentido general de las estrofas iniciales de la oda es bastante claro: se habla ahí de una época del año, un tiempo de declinación. El año es, en infinidad de ocasiones, en la tradición de la poesía clásica, una metáfora o imagen de la vida humana, como “el río” o “el camino” (*río*: Jorge Manrique; *camino*: Dante).

Para la poesía clásica; para sus meditaciones y filosofías sobre el tiempo y la edad —a menudo de índole estoica—, el año está, casi por obligación, acompañado por las estaciones: las finales son el otoño y el invierno, por supuesto, y en esa misma me-

didada se identifican con el desgaste, con el inexorable acercamiento a un final. (En esos años, en los siglos XVI y XVII, para muchos había cinco estaciones: el verano y el estío eran diferentes). Otra metáfora convencional para la vida humana consiste en la identificación o comparación implícita con *un día* y sus horas; así, en el prólogo de *El León y la Virgen*, Xavier Villaurrutia compara la vida y la muerte de Ramón López Velarde con esas horas: “La madurez de una vida, como la madurez del día, no se revela en la hora incierta del atardecer, sino en el momento, pleno, cenital y vibrante del mediodía”, etcétera.

Escribí allá arriba la frase “tener razón” en la comprensión de esos versos frayluisinos. Esto puede ser problemático, y hasta un poco ocioso. “Tener razón”, entonces, deberá entenderse, en estos renglones, sólo en un sentido específico, y si se quiere, hasta estrecho: ¿se habla ahí de la estrella Cabra o de la constelación de Capricornio?, y consecuentemente: ¿la estación aludida es el otoño o es el invierno?

En los versos frayluisinos, el nombre “Febo” no plantea, por supuesto, ningún problema: es la deidad solar, Febo-Apolo; es, sencillamente, el Sol, centro de nuestro sistema, esta modesta conjunción o serie de planetas en órbita alrededor de un astro minúsculo en una de tantas galaxias, de la cual tenemos un vislumbre en las noches claras, cuando discernimos a simple vista el torrente estelar de la Vía Láctea. La referencia fundamental para entender la significación estacional de la metáfora frayluisina es el Sol, como en el principio primaveral de las *Soledades*, de otro gran Luis de los siglos de oro, el cordobés Góngora (“Era del año la estación florida”). (Hay otro Luis grande en estos contextos históricos de la



poesía en la Península Ibérica en los siglos XVI y XVII: el portugués Camoens, a quien Góngora tomó prestada esa imagen, parte de *Os Lusíadas*).

Desde mi punto de vista, el nudo de la cuestión está en el verbo de esos versos y en su sentido posible: “inclina”. Entiendo lo siguiente: el plano de la eclíptica solar se inclina hacia la parte del cielo nocturno donde está la estrella Cabra o bien la constelación de Capricornio; en cualquier caso, se trata de la segunda mitad del año, de los meses otoñales o invernales. Con esto último podría bastar. Pero podemos, debemos seguir adelante.

La primera estrofa de la oda describe cómo los árboles se deshojan y comienza el frío: otoño o invierno. Pero si el frío apenas comienza y las primeras hojas caen de las ramas, debe tratarse del otoño; en el invierno las ramas estarían ya desnudas, acaso emblanquecidas por la nieve.

La eclíptica es, según el diccionario, el “círculo máximo que el Sol describe en su movimiento anual sobre la esfera celeste”; la Tierra también tiene su eclíptica: es la órbita descrita por nuestro planeta en su movimiento anual, plano en donde se verifican los eclipses (*eclipse eclíptica*). ¿Cuándo se inclina la eclíptica solar hacia Capricornio o hacia Cabra?, es decir, una vez más: ¿fray Luis se refiere al otoño o al invierno? El Sol entra en la constelación de

Capricornio en el solsticio de invierno, en diciembre.

La primera parte del poema puede ayudarnos a aclarar este punto en el cual se tocan, como tantas otras veces, la astronomía y la poesía. Los primeros cinco versos dicen lo siguiente:

Recoge ya en el seno  
el campo su hermosura. El cielo aoja  
con luz triste el ameno  
verdor, y hoja a hoja  
las cimas de los árboles despoja.

El principio de la oda es magnífico, y admirable la prosopopeya de ese “recogimiento” campestre, es decir: la personificación o humanización del campo. Éste se “afea”: se agrisa, se ensombrece, se enfría, como ve remos de inmediato. El cielo le manda un “mal de ojo”, envidioso por la hermosura de la verde naturaleza: ese acto de envidia es una especie de maldición y toma la forma de esa “luz triste” de la estación declinante. Los árboles se van deshojando; el cielo avanza, amenazante, sobre las “cimas” arbóreas y las desnuda, sin piedad les arranca su follaje. Lo dicho en el encabalgamiento de los versos tres y cuatro puede ayudarnos a comprender un poco más: “el ameno verdor” debe ser el del verano; la estación siguiente a ésta, entonces, debe ser el tema de estos cinco versos iniciales y de los cinco de la siguiente lira. Las liras frayluisinas parecen ocuparse, entonces, del otoño.

La estrofa siguiente es la del “resplandor egeo”:

Ya Febo inclina el paso  
al resplandor egeo; ya del día  
las horas corta, escaso;  
ya Eolo al mediodía  
soplando espesas nubes nos envía.

Los días son ahora, en el tiempo del poema, más cortos, o mejor dicho: comienzan a acortarse en esos momentos descritos por la oda; al día más breve corresponde la noche más larga del año, la más significativa en el marco del Occidente judeocristiano: la del 24 al 25 de diciembre. Los equinoccios, como su nombre indica, son los momentos del año en los cuales las no-

ches tienen la misma duración de la luz diurna: 20 o 21 de marzo, 22 o 23 de septiembre.

El equinoccio septembrino marca el principio del otoño en el hemisferio septentrional. Por otro lado, la metáfora “egeo” de fray Luis de León corresponde, naturalmente, a Europa, a los cielos boreales. El final del verano se toca, como siempre, con el incierto principio de la estación otoñal: la “luz triste” sustituye al “ameno verdor”, o con algún momento levemente posterior: mediados de octubre, digamos. Adviértase el acierto de esta especie de paralelismo por contraste, de fuerte contenido visual, sostenido por las evocaciones estacionales: la amenidad del verdor veraniego, la tristeza y grisura de la luz otoñal.

\*\*\*

Los versos mismos pueden ayudarnos a aclarar el sentido astronómico del pasaje. La clave, en la primera lira, está sin duda en el verdor del verano, dejado atrás: fray Luis de León habla, por lo tanto, del otoño. Falta averiguar dónde queda la inclinación del Sol en todo esto. Cabra o Capricornio, entonces: ¿cuál de las dos es el “resplandor egeo”? ¿La resplandeciente estrella del Auriga o la constelación caprina?

Si fray Luis pensara en una constelación, no sería difícil su preferencia por el número plural: “resplandores egeos”, los de las estrellas de la constelación zodiacal; pero utiliza el singular: “resplandor”, como si se refiriese a un solo objeto celeste. La estrella Cabra o Capela (latín: *Cabra*) recibe también el nombre de ALPHA AURIGAE, por su principalidad en la formación estelar de la cual forma parte; es, además, la sexta estrella entre las más brillantes del cielo nocturno. Capela constituye una formación binaria espectroscópica con una estrella roja, compañera suya menos brillante. Está más o menos a cincuenta años luz de la Tierra. (Todos estos datos provienen de la decimoquinta edición, de 1995, de la *Enciclopedia Británica*).

Fray Luis habla, en conclusión, de la inclinación de la eclíptica solar hacia la brillante estrella Capela de la constelación del Auriga, en algún momento de principios o mediados de octubre, días del desgaste oto-

ñal anunciador del final invernal: canas, decaimiento, nieve, silencio último.

\*\*\*

Una de las historias mitológicas sobre el origen del nombre Capela para el astro de esta oda frayluisina cuenta cómo la cabra Amaltea amamantó a Júpiter y cómo, luego, éste la recompensó convirtiéndola en esgema deslumbrante del cielo nocturno. A ese fenómeno de transformación de animales o personas se le llama *catasterismo* o *catasterización*. El alma de Felipe II, leemos en el “Panegírico al Duque de Lerma”, de Luis de Góngora, se vuelve un astro; el cuerpo queda en la Tierra, encerrado en la tumba: “... pórvido sella / la porción que no pudo ser estrella”. Es decir, el alma del rey se catasterizó.

Cuánto quisiera ocuparme de las cabras en el horizonte clásico, con el pretexto celestial de la estrella Capela. Están esos animales en el centro de una palabra de nobleza marmórea: *tragedia*. Averiguar el origen de esa palabra es abrirnos las puertas de Grecia: ¿quién lo diría? Las complejidades laberínticas del sacrificio ritual y sus transformaciones en el ámbito mediterráneo tienen como protagonistas a las cabras.

\*\*\*

Siempre he creído en la literatura como una conversación de varios cauces y de estribaciones múltiples: la conversación del autor con sus lectores, en primer lugar; el diálogo desplegado entre estos lectores, animado y fecundo, muchas veces interlocutores jóvenes, en quienes el entusiasmo de los descubrimientos poéticos está fresco y encendido; la plática de los muertos con los vivos, como en el poema de Francisco de Quevedo.

El tema del “resplandor egeo” me ha servido para conversar de viva voz y por escrito con un buen amigo, tan aficionado como yo a la poesía de los siglos de oro: el profesor Miguel Ángel Rocha, de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México (UACM), donde también yo doy clases. A Rocha le interesó el tema y nos cruzamos textos sobre estrellas, estaciones del año, comentaristas antiguos y modernos. Aun cuando no hubiera escrito este breve y fer-

voroso artículo frayluisino, el solo conversar de esas maneras diversas con mi colega y amigo hubiera sido un enorme motivo de satisfacción. Por eso, en este párrafo—anómalo para ese fin—, le dedico estos renglones con amistad y camaradería.

El pequeño grupo de estudio con el cual me reúno cada quincena a los pies del monte rojo de San Lorenzo Tezonco, en los salones de la UACM, en el marco de un seminario de análisis de textos, también tuvo, a raíz de los problemas planteados por el “resplandor egeo”, una buena dosis de frayluisismo y de astronomía medieval y renacentista. No se aburrieron. Por lo menos, eso me gustaría creer.

\*\*\*

Comencé mis notas frayluisinas hablando de algunos filólogos, sin quienes no hubiese podido yo escribir este artículo, en su sección, digamos, erudita.

Leer un poema clásico con una buena guía de esa índole a la vista—o varias, mejor aún—constituye un placer intelectual; entender un poema no le quita ni medio microgramo a la “gracia” de sus palabras y de su enlazamiento. Complementado con otros saberes, el saber filológico permite calas formidables en el mundo, no nada más en los textos. Las relaciones entre lingüística y literatura fueron motivo de las reflexiones constantes de Leo Spitzer.

La filología puede ser considerada—como lo ha visto el sabio alemán Ottmar Ette—una verdadera “ciencia de la vida”. Los lectores de a pie, siempre un poco impacientes, suelen tener una visión simplificada de esa disciplina de las humanidades; he oído decir, en una mesa redonda, lo siguiente: “los filólogos se dedican sólo a escribir fichas y a poner rótulos”. Es una pena atestiguar tanta ignorancia; pero no es ninguna sorpresa: así están las cosas.

Cuanto antes, le salgo al paso a un posible malentendido: no abogo por una lectura colectiva, en el marco de un seminario universitario, como la mejor vía para acercarse a la poesía, aun cuando no se me ocultan los innumerables beneficios de esa experiencia literaria. Tampoco creo en la infalibilidad sacrosanta de la filología, de la ecdótica, de la investigación metódica y

erudita. Sencillamente puedo decir cuánto puede uno aprender con esos métodos y esos recursos. Tampoco me quita el sueño la posibilidad de ser tachado, como lo soy a menudo, de libresco.

La lectura ideal, para mí, es la solitaria, de preferencia en la noche y con un poco de música de fondo, como recomienda Antonio Alatorre en su edición, precisamente, de las odas frayluisinas, publicada por la Universidad Autónoma Metropolitana. (Ahora mismo, conforme redacto estos renglones, oigo un concierto de Schumann con la maestra chelista Jacquelin du Pré).

\*\*\*

Leer solo, entonces, o mejor aún: acompañado por esas “grandes almas que la muerte ausenta”; por la grande alma de fray Luis de León, por ejemplo.

Allá arriba, las constelaciones giran. La noche es un murmullo distante, una forma oscura del silencio.

Un pedazo de papel con un poco de tinta parece dar vueltas también, animado por esa alma, el corazón y la mente de un docto y genial agustino español. Es posible suponerlo: él también escucharía música, quizá música de vihuela, cuando componía su oda al licenciado Juan de Grial. **||**



Fray Luis de León